

La victoria estratégica

El enemigo llega a las Vegas

(Capítulo 6)

EL 10 DE JUNIO, el mismo día que se produjo el desembarco del Batallón 18 en la costa sur, tomé una serie de decisiones para cambiar el dispositivo de defensa rebelde en la dirección de las Vegas de Jibacoa, que comenzaba a perfilarse como el siguiente objetivo enemigo en el sector noroccidental.

El personal al mando de Horacio Rodríguez recibió la orden de concentrarse en dos grupos: uno de ellos debía cubrir el camino de La Herradura que subía por el río —donde Cuevas había sostenido la imprecisa escaramuza del día 9—, y el otro, más numeroso, tendría la misión de impedir el avance de los guardias por el camino de camiones que subía desde Las Mercedes hacia las Vegas, atravesando Los Isleños y El Mango. Como apoyo de este segundo grupo, en su retaguardia, en la zona de Los Isleños, ocuparía posiciones la docena de hombres que componían la escuadra de Orlando Lara, que el 3 de junio habían llegado a las Vegas desde el llano, y se mantenían hasta ese momento en condición de reserva.

Cuevas, por su parte, en vista de la amenaza planteada en el sector meridional por el desembarco enemigo, recibió la orden de trasladarse al día siguiente a Mompié, lugar donde yo estaba en ese momento. Mi intención, como vimos en el capítulo anterior, era darle la misión de reforzar las líneas rebeldes en la costa, en vista de la nueva y peligrosa amenaza planteada por el desembarco enemigo.

En cuanto a las otras partes de este sector, el personal de Raúl Castro Mercader y Angelito Verdecia permanecía en sus posiciones sobre el camino hacia San Lorenzo, y el Che se mantenía desde Minas de Frío al tanto de la situación en la zona más occidental del frente, que estaba defendida por los grupos rebeldes pertenecientes a la Columna 7 de Crescencio Pérez. Durante las últimas semanas no se había detenido el trabajo de preparación de trincheras y otras defensas en todo el sector, misión que le había sido encomendada a Huber Matos y Arturo Aguilera.

Durante la mañana del 11 de junio, los guardias de Las Mercedes intentaron mejorar sus posiciones ocupando el alto de Las Caobas, elevación que domina el camino de carros que sale del caserío hacia las Vegas, y avanzando nuevamente por el camino de la herradura del río. Esta vez, sin embargo, Cuevas, quien aún se mantenía en esa posición pues no había recibido todavía la orden de trasladarse hacia Mompié, había tenido tiempo de preparar bien su posición. Tuvo lugar un intenso combate que se prolongó bajo un aguacero torrencial desde las 8:00 de la mañana hasta pasada la 1:00 de la tarde. El enemigo fue rechazado y sufrió un número indeterminado aunque considerable de bajas. En el parte de Radio Rebelde sobre esta acción, a la que se denominó Combate del Potrero de Jibacoa, se mencionaba el dato de que nuestras reducidas pero aguerridas fuerzas habían gastado solamente 350 balas; no obstante, ordené al día siguiente a Horacio que registrara con parte de su personal el lugar donde había ocurrido el com-



Ramiro Valdés y Camilo Cienfuegos en la Sierra Maestra.

bate para tratar de recuperar el parque gastado, con lo que hubieran podido dejar botado los guardias en su retirada.

Parece que el efecto del golpe recibido en este combate inmovilizó al enemigo acampado en Las Mercedes, pues durante los días siguientes no hicieron ningún nuevo intento, ni siquiera de tanteo o exploración. Sin embargo, la situación operativa en el sector se modificó radicalmente con la llegada, entre el 13 y el 14 de junio, de una fuerte tropa enemiga a la zona de Arroyón. Las primeras noticias al respecto las recibí el día 14, como siempre, por la vía de Horacio Rodríguez, quien mantenía abierto un constante y eficiente canal de información conmigo a través de partes escritos que me enviaba varias veces al día con mensajeros rebeldes. Se trataba, según supimos después, de una nueva unidad completa de combate, el Batallón 19, al mando del comandante Antonio Suárez Fowler, compuesto por tres compañías de infantería —las números 91, 92 y 93— y una escuadra de morteros, en total cerca de 400 hombres.

La llegada de esta unidad a Arroyón terminó definitivamente de confirmarme que el siguiente paso del enemigo en este sector sería el avance en dirección a las Vegas de Jibacoa, con la intención de ocupar este estratégico lugar. En un mapa puede comprobarse con relativa facilidad que la única dirección razonablemente factible de una tropa enemiga estacionada en Arroyón, e

interesada en penetrar al interior del territorio rebelde en la montaña, es la de las Vegas de Jibacoa. Cualquier otra dirección supone el intento de trasponer el imponente macizo de la loma de La Llorosa, que cierra de manera terminante el panorama hacia el sureste; o bien rodear esa montaña hacia el Este para entrar en Providencia, lo cual carecería completamente de sentido.

De ahí que al recibir las informaciones de Horacio el día 14, llegué a la conclusión de que el arribo de la fuerza enemiga a Arroyón significaba que la ofensiva en dirección a las Vegas era inminente, y que se produciría probablemente sin solución de continuidad. No sabía en ese momento que el Batallón 19 estaba tomando Arroyón como base avanzada, y que su siguiente paso demoraría aún varios días, en espera de la fecha establecida en la planificación enemiga como “Día-D”, es decir, como el día en que sería lanzada la segunda fase de la ofensiva desde las tres direcciones principales de ataque. Ese día resultó ser el jueves 19 de junio, cinco días después.

Sobre la base de esta apreciación, alerté esa noche de la inminencia del combate a los dos capitanes que tenían la responsabilidad de impedir el avance enemigo en esa dirección. A Lara, en particular, le ordené que avanzara desde sus posiciones en la retaguardia de las líneas rebeldes y se trasladara a las posiciones de Horacio. En ese mismo mensaje le incluía un conjunto de